

# Comentarios i Divagaciones sobre “Tabaré”

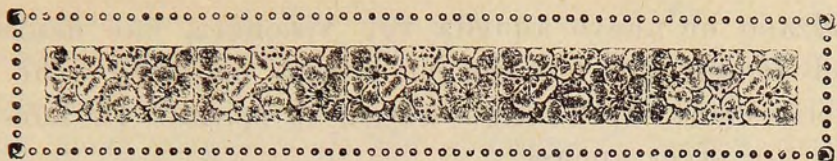
---

MEMORIA PRESENTADA

por **Félix Armando Núñez**

para optar al título de Profesor del Estado en la  
asignatura de Castellano

---



## Comentario i divagaciones sobre "Tabaré"

---

Memoria presentada

por Félix Armando Núñez

para optar al título de Profesor del Estado en la asignatura  
de Castellano

---

Comencé a leer este libro no sin la desconfianza recelosa con que un espíritu empapado en la compleja i sutil literatura de hoi se llega a un poema épico que glorifica indios americanos. Pero luego leí al pie de la dedicatoria 1886 i recordé como un presajio feliz que este mismo año llegaba a Chile Rubén Darío, el Rei Mago de los «perfumes en frascos de hechura oriental» i los «inciensos en copas de finos metales».

Desde el primer verso me cautiva el tono inspiradísimo i solemne de este libro: se diría que se ha

alzado de nuevo aquella voz visionaria que desde el Génesis aun resuena con intacta majestad «tenebrae erant super faciem abysii: et spiritus De ferebatur super aquas».

Levantaré la losa de una tumba  
 e internándome en ella  
 encenderé en el fondo el pensamiento  
 que alumbrará la soledad inmensa.  
 Dadme la lira i vamos: la de hierro,  
 la más pesada i negra;  
 esa la de apoyarse en las rodillas  
 i sostenerse con la mano trémula.

¿No se escucha en estos versos como el grave golpear de un martillo sobre un nicho de metal? Impensadamente uno recorre en ágil divagación toda la literatura española, i apenas si encuentra en Herrera una desleída similitud con el tono de elevación con que se abre Tabaré. Más afortunado en propósitos que Homero que canta la cólera del Pelida Aquiles desde que, disputando por una esclava, se separó de Atrida, rei de hombres; con más arranque sencillo que el Dante que nos lleva de pronto a un mundo de símbolos en la mitad de una selva oscura; con un entusiasmo poético que, en un brusco contraste, nos hace mirar en La Araucana una crónica de cierta proporciones áticas i animado lenguaje, pero fría i fatigosa en su conjunto; Juan Zorrilla de San Martín hiere vivamente nuestra refinada sensibilidad moderna con un modo lírico que me siento tentado a llamar escultórico, porque como he de mostrarlo muchas veces en el discurso de mi estudio, parece

perseguir en sus cuadros actitudes estatuarias de agudas sugerencias, o crearlas de pronto a un golpe resonante de cincel. Pero no sería don Juan Zorrilla un poeta magno si pudiera definirse de manera tan simple; si su tesoro de armonía no fuese, como en todos los supremos artistas un diamante de mil facetas. Ya don Víctor Pérez Petit en un artículo sagaz, de férvido aliento, ha observado que el poema uruguayo está compuesto como una grandiosa polifonía wagneriana con ritornelos que hacen de *leit motifs* i se desarrollan en acordes imponentes i trágicos. I a más de esta novedad de procedimiento que representa en poesía una evolución paralela a la de la música de Wagner que ni siquiera se presentía entonces en la lírica de Darío, comparado cien veces con el maestro de Tannhäuser, abunda en «Tabaré» la nota tierna i delicadamente emocionada, con un matiz tan tenue i tan nuevo de misticismo, que a no ser por el mentís de la fecha, 1886, se creería en una influencia de la ternura trémula i desbordada de ese Cristo poeta de la India que desde 1914 nos subyuga con su corazón seráfico i su nombre dulcemente exótico de Rabindranath Tagore...

\* \* \*

Lo primero que en «Tabaré» nos llama la atención es la forma métrica. Salta a primera vista i lo notó don Juan Valera en sus «Cartas Americanas» que en este aspecto el poeta uruguayo es de la escuela de Becquer. Los endecasílabos asonantes alternados de vez en cuando con peptasílabos o pentasílabos; esos conjuros en el vórtice caótico de la inspiración arrebatada en que jiran

«Los elementos vagos i dispersos  
que amasa el jenio i en la forma encierra,

notas, palabras, llantos, alaridos,  
plegarias, anatemas,  
formas que pasan, puntos luminosos,  
jérmenes de imposibles existencias».

i que en el acto nos recuerdan a aquella «rima» del poeta  
sevillano:

Sacudimiento extraño  
que ajita las ideas,  
como huracán que empuja  
las olas en tropel,

murmullo que en el alma  
se eleva i va creciendo  
como volcán que sordo  
anuncia que va a arder

deformes siluetas  
de seres imposibles,  
paisajes que aparecen  
como a través de un tul;

las emociones sugeridas con habilidad sutil más bien  
que espresadas; lo trascendental descubierto de  
pronto en algún movimiento casi imperceptible, en  
algún perfume errante o en un lirio que languidece,  
i ese dejo de fatalidad tan delicado como la trizadu-  
ra de «El Vaso Roto» que sentimos consumir de a  
poco una vida de ensueño; todo eso lo ha infundido

el hermano español de Heine en la arteria lírica de Zorrilla de San Martín, i, sin embargo, el autor de «Tabaré» es lo menos Becquer que puede ser un poeta. Refutación elucubrada de que el estudio de los maestros impida manifestarse en plena originalidad espontánea a los que llevan la virtud del genio en su corazón, como pretenden muchos artistas de hoy que prefieren, alejados por sistema del estudio, balbucir injenuidades efímeras a trocar en arco-iris deslumbradores a través del íntimo cristal de ensueño el rayo de luz que nos llega de otra vida grande...

Núñez de Arce, a quien como un castigo la juventud de hoy estima en menos de lo que vale, sentiría, si leyó a «Tabaré» alguna vez, que no eran tan despreciables aquellos «suspirillos jermánicos» que dijo él despectivamente de las *Rimas* inmortales; divinos «suspirillos» cuyo dulce eco, temblando en la lira del más genuino i grandioso de los poetas americanos, despertaron en nuestra selva virgen el sollozo más emocionante de la épica castellana.

Zorrilla de San Martín nos encanta, desde luego, por su robusta virilidad que culmina en profético aliento... Becquer, el pálido i soñador Becquer, recogía en su arpa sensible una voz femenina, «delgada i triste que por su nombre le llamaba a lo lejos». Diferencia de temperamento que no alza el mérito de uno sobre el del otro. En arte, amamos sobre toda virtud la sinceridad, i Renán no temía confesar que en su sensibilidad había tres cuartas partes femeninas. Si la Naturaleza siempre previsora i próspera, ha hecho más intenso, exquisito e intuitivo el corazón de la mujer (la madre tenía que ser toda ternura para el hijo), me parece un elogio, un reconoci-

miento de perfección atribuir a un artista la delicadeza de sentimiento que la mujer posee. ¿Qué puede esto perjudicar la virilidad? «Tabaré» se encargará de demostrar que no. Mirad cómo en el espíritu total de Zorrilla de San Martín se suceden en majistrales transiciones desde la robusta i grave entonación que se queda resonando como un rujido en la selva, hasta la dulzura maternal que el poeta siente por su héroe imposible i florece entre místicos perfumes de nardos en la voz herida de la cautiva Magdalena.

Pero es tiempo ya de que asistamos a la jénesis del «Tabaré».

¿Quién no ha sentido en medio de nuestras selvas augustas sobrecojerse de pronto su espíritu cuando la canción quejumbrosa de un pájaro va quebrando su extraño acorde en los troncos retorcidos, i hace susurrar a un hilo de viento vagabundo por las lianas que penden balanceándose apenas o suben airoas como vivientes estalactitas de esmeraldas en una gruta fantástica? Si es la tarde, una solemne i grave orquestación, un clamor compuesto de mil lamentos llenará la selva... ¿Quién no recuerda entonces con una vaga tristeza a la raza de hombres desaparecida?

Zorrilla de San Martín pasearía entre las selvas su majestad huraña, su atávica melancolía de solitario: él lo ha dicho en una hermosa poesía:

La soledad se sienta al lado mío  
de noche, al mediodía, en la alborada.  
Yo la miro, i me mira... i le pregunto:  
¿de dónde vienes? Habla.  
.....  
..... Vengo  
del fondo de tu alma.

Su retrato me lo evoca en el corazón de una ruina o de una floresta abandonada. Melena de león, barba de Campeador, sería de una viril expresión resuelta i agresiva si no fuera por sus ojos nostálgicos i por esa tensión indefinible de ciertos músculos faciales que luchan por comprimir un llanto fiero i amargo... Es la fiera de amor que humedece su áspero hocico en el llanto de sus pupilas:

«Que se humedezca el áspero hocico de la fiera de amor si pasa por allí»

como rezan los versos de Darío. Es su raza bravía e inquieta, huraña i turbulenta a través de los azules ojos de Tabaré.

Zorrilla pasearía por las selvas uruguayas..... ¿Quién como él para lanzar un treno en la soledad salvaje? Hai hombres que son como un resumen de toda una época i de toda una historia. Leyendo «Tabaré» se siente en su autor uno de estos elejidos. La selva repercute en sus nervios con severa resonancia; se adivina en él la pasmosa vitalidad del salvaje; i desde sus pupilas absortas mira hacia adentro como un Cristo imponderable de ojos glaucos el espíritu más tierno, compasivo i puro de la civilización que Iberia representaba.

Ahí en la soledad se erguía el cantor visionario... ¿Cómo glorificar la raza desaparecida? No había más modelo que «La Araucana», i en este largo poema la multitud de héroes indíjenas que desfilan, si a veces despiertan nuestro asombro, en cambio ninguno nos seduce, ninguno deja en nuestro corazón ese surco profundo en que circula una corriente



trémula de amor.... El poeta no podía decidirse tampoco por un tipo representativo de su raza, que fuera su héroe Epónimo por el hecho de tener en mayor grado que los demás las excelencias habituales de dicha raza. Los charrúas, los indios que el poeta quiere revivir en la vida sublime de la epopeya, eran, según cuenta la historia, demasiado feroces para atraer nuestras entusiastas simpatías. Fué tal la impresión de horror que causó en los españoles la estraña manera de muerte que dieron al conquistador Juan Díaz de Solís, que de vuelta a la madre patria refirieron que los indios uruguayos le habían devorado los miembros después de mutilar su cadáver. I aunque nos es fácil creer con don Félix de Azara, testigo ocular, en una exajeración fácilmente comprensible tratándose de españoles i aventureros, no por eso se alcanza a borrar de nuestro espíritu, la repulsiva crueldad que dió margen a afirmaciones semejantes.

I ahí se alzaba un obstáculo casi insalvable. «No digas a la posteridad sino lo que es digno de la posteridad» ha dicho Thiers.

La misión de Zorrilla era una misión de amor. El espíritu cristiano que rara vez en la historia medioeval i en la moderna aparece incorporado a los hombres como algo profundo i sentido con verdadera pureza, sólo se radica en la literatura con los primeros románticos, para seguir haciendo su lenta, pero segura conquista hasta nuestros días. Todo el arte del Renacimiento nos prueba con entera claridad que mientras el cristianismo triunfaba exteriormente, por decirlo así en sus dogmas sin consecuencias i en sus narraciones más o menos hermosas; lo pro-

fundo, lo permanente i arraigado del alma continuaba genuinamente greco-latino. Contemplad un lienzo pre-rrafaelista, un cuadro de Rafael o de Leonardo, una estatua de Miguel Anjel; leed a Petrarca o a Boccaccio; en todas partes es la sonrisa helénica que se atreve ya a subir por cándidos campaniles o a asomarse a escenas del Purgatorio o del Infierno; la Virgen que aparece en una beatitud casi serena como una visión en las diáfanas orillas del Cefiso... I la otra manera de arte que se revela en la Divina Comedia no es más que la amalgama de esa imperturbable i sonriente serenidad griega de líneas definidas i acabadas—según el criterio ático lo acabado era lo perfecto—con el espíritu terrorífico i disciplinario que, dominando en la Edad Media, produjo aquellos Cristos monstruosos «cuyos brazos largos repugnan en vez de atraer i amenazan en vez de bendecir». Es cierto que las «Florecitas» de Asis, en un paréntesis de humildad nazarena, hacen escepción a esta híbrida ideología; pero quedan escondidas como violetas pequeñas en el pañorama de estos tiempos de espíritu greco-latino i ritual romano que se continúa en Europa con los siglos de Oro de las literaturas i los siguientes hasta el Romanticismo i con las Cortes a lo Luis XIV i Felipe V.

El misticismo de Teresa de Jesús i de los dos Fray Luises, concretándose en imágenes acabadas al igual de los cuadros del Renacimiento, apenas si rompe en rarísimas veces la armoniosa frialdad de las líneas clásicas. Pero en ninguna expresión de arte, encontraréis ese espíritu de copiosa piedad que conturba el corazón i lo deja sacudido de amor en la vaguedad inefable de un ensueño. Es con Chateaubriand

i Bernardino de Saint Pierre cuando a favor de la influencia soñadora de las razas del norte, el alma de Cristo, que había flotado apenas en la superficie, cae de pronto en el corazón en un torrente de lágrimas. Desde entonces empiezan a interesarnos más los dolores del hombre. El verso recoge, como el paño de Verónica, la más amarga expresión del rostro, i ese neomisticismo de hoy que, a mi modo de ver humilde, han atribuído con sutileza, pero sin acierto, a mil causas diversas, no es otra cosa que el verdadero triunfo del cristianismo, puro, como lo predicó Jesús: el cristianismo que al fin ha vibrado en nuestros finos nervios modernos, desnudo de esas pompas i dogmas que le hicieron la traición más infame apenas recién nacido.

I este es el espíritu que Zorrilla, como buen cristiano, va infundir a su epopeya: los ojos azules de Tabaré que son los ojos del Nazareno para mirar la raza inocente, vagabunda en las selvas del Uruguai i del Plata, que aun guardan «la sonrisa de Dios de que nacieron». Este es el espíritu que va a llenarnos de piedad inmensa por el héroe; espíritu bien distinto del que en las páginas de «La Araucana» presenta, más bien por una curiosidad interesante que por amor, el soberbio heroísmo de Lautaro i Caupolicán.

Zorrilla no podía tomar como personaje central a un charrúa que se diferenciase apenas de los otros en fuerza física o en destreza, porque casi nada nos habría entusiasmado; no podía tampoco hilvanar su acción alrededor de un amor entre aborígenes que se reduce casi íntegro a una concreta complacencia de los sentidos, a menos que, atropellando la verdad histórica i aun la verosimilitud, hubiera hecho como

Chateaubriand en «Atala» i «Los Natchez», hablar a individuos de elemental organización nerviosa el moderno i complicado lenguaje de las pasiones. Nuestro poeta precisamente brilla por la impresión de viva realidad que se desprende de cuanto encierran sus versos, de tal modo que bajo este aspecto no tiene paralelo en nuestro continente. Quiso transmitir a los demás el dolor que él sintió evocando a la raza estinguida, i para interesarnos en un juego de pasiones, inventado con un arte de maestro, lanzó a la admiración de los siglos a «Tabaré» que no sólo es un indio triste, de carne i hueso, sino también un símbolo trascendental.

Pero antes de hablar del héroe, sigamos al poeta en su «Introducción». ¿Qué ha perseguido Zorrilla de San Martín con esta inaudita introducción? En su procedimiento wagneriano es el preludio; la composición que muestra el tono del conjunto i prepara el ánimo del lector a fin de hacerlo vibrar en consonancia con el alma del poeta. ¡I qué acento de noble i sombría majestad se mantiene a través de estas estrofas! Es el caos en el ardiente torbellino en que la inspiración del poeta revuelve todas las formas que existen o van a existir, hasta encontrar una que encierre el tipo que late, lleno de vida, en su cerebro creador.

Todo asalta en tropel al pensamiento  
que en su seno penetra  
a hacer intelijible lo confuso,  
a enfrenar lo que huye i se rebela,  
  
a consagrar del ritmo i del sonido  
la dulce unión eterna,

la del color i el alma con la línea,  
de la palabra virgen, con la idea.

Todo brota en tropel al levantarse  
la poderosa piedra,  
como bandadas de aves que chirriando  
brota del fondo de profunda cueva;

nube con vida que, cobrando formas,  
variables i quiméricas,  
se contrae, se alarga i se revuelve  
por sí misma empujada en las tinieblas.

.....  
.....

Pero te ví... Flotabas en lo oscuro  
como un jirón de niebla;

ha quedado en mi espíritu tu sombra  
como en los ojos quedan  
los puntos negros de contornos ígneos  
que deja en ellos una lumbre intensa.

Ah! no, no pasarás, como la nube  
que el agua inmóvil en su faz refleja;  
como esos sueños de la media noche  
que en la mañana ya no se recuerdan...

I hallada así, dice don Víctor Pérez Petit, la forma sobre-humana, el guión de diamante de su poema; encontrado en el fondo de la tiniebla la sombra que es síntesis i caracterización de la raza desaparecida,

como Miguel Anjel golpeando con su martillo el bloque de mármol que acababa de animar su jenio, clama:

..... Palpita i anda  
forma imposible de la raza muerta!

\*  
\* \*

Al abrirse, el Libro Primero diluye un pálido oro auroral i esparce una brisa de vagos perfumes sobre la comarca que el poeta va a cantar. Todo allí, como en el primer día de la Creación, está «oloroso de los dedos de Dios».

El Uruguai i el Plata  
vivían su salvaje Primavera:  
la sonrisa de Dios de que nacieron  
aun palpita en las aguas i en las selvas.

La dulzura de la inspiración la hace desplegarse grácil como el ala blanca de una vela diminuta de ensueño sobre las aguas susurrantes. La sonrisa de Dios

aun alienta en el viento  
que cimbra blandamente las palmeras,  
que remece los juncos de la orilla  
i las hebras del sauce balancea.

I hasta el río dormido  
baja, en el rayo de las lunas llenas,  
para enhebrar diamantes en las olas  
i resbalar o retorcerse en ellas...

Dijérase que el viento, después de sorber los aromas más virjinales de las campiñas, se llega tímido a mecer la flora cándida del río, porque va en la corriente la barca de un niño dormido. ¿No es el amor ese niño que se adivina como una rosa de gracia balancearse en la seda azul de las aguas? ¿No es él quién ha herido al poeta con esa flecha de oro que contra su corazón se deshace en un milagro de flores trémulas?... Sí, el poeta ya está en nuestras almas temblando de amor por su tierra virgen velada de nieblas azules que el sol rompe cándidamente como a un palacio de hadas... Estas bellezas que surten de su canción son las bellezas de nuestra América que nadie aun había osado cosechar en la guirnalda inmortal de un poema... Con las pupilas bañadas de rocío, límpida i temblorosa, por instantes cruzará la epopeya una Gracia que no ha vestido la túnica antigua, complicada por primorosos pliegues; pero que no va a encantar con la inocente i fresca desnudez i la pudorosa actitud de la Venus Cíterea surgiendo de las espumas...

Serpiente azul de escamas luminosas

.....  
 el Uruguai arranca a las montañas  
     los troncos de sus ceibas  
 que entre espumas e inmensos camalotes  
 al río como mar i al mar entrega.

En sus orillas vive la raza charrúa

..... la raza indomable  
 que alentó en esa tierra,

patria de los amores i las glorias  
que al Uruguai i al Plata se recuesta...

La tercera poesía del primer canto es una emocionante interrogación al pasado sobre lo que fué aquella tribu montaraz cuyo nombre oscuro apenas ha llegado hasta nosotros. ¿Está formada para dicho pueblo

esa encantada tierra  
que a los diáfanos cielos de Diciembre  
les devuelve una flor por cada estrella?

¿Fué el último vestigio  
de un mundo en decadencia;  
crepúsculo sin día? ¿Noche acaso  
que surgió oscura de la luz eterna?

Pero el poeta, de pronto, con un verso luminoso i lapidario rechaza la última sospecha de maldad i degradación en los aborígenes del Uruguai:

La eterna lumbre sólo enjendra auroras  
.....  
i en esa raza, de su excelso orijen  
aun el vestigio queda.....

Zorrilla nos la presenta cuando el cacique Caracé, en cuyo cuerpo «se cuentan las heridas como las manchas en la piel del tigre» enciende en las lomas los fuegos que convocan a los indios de todas las tribus. ¿Por qué este llamado de Caracé? Estaba tendido en la playa cuando vió una piragua inmensa



que como garza enorme  
flotaba entre la niebla  
dando al aire sus estrañas alas  
i volando con rumbo a la ribera...

La nave avanza altiva;  
lanza un grito del cielo que retiembla;  
llega a la costa i agarrando al río  
por la erizada crin, en él se sienta.

Los españoles, que no eran otros aquellos hombres blancos, descienden de la nave. Los indios, cuyos ojos en acecho fosforecían, caen de pronto encima de ellos i los ponen en derrota. Entre los despojos, los invasores dejan en manos de los indios a una mujer «pálida como el lirio». El botín se reparte i Caracé que sólo quiere en su toldo a «la blanca prisionera», la lleva bajo su techo para que encienda «los fuegos del amor i de la guerra».

Con el tiempo, Magdalena tiene un hijo, cuyos «vajidos se oyen unidos a las voces de los pájaros que cantan en las ramas de los ceibos». Se llama Tabaré. La madre, que siente mitigarse su inespresable dolor con la venida al mundo de ese niño de azuladas pupilas, se esfuerza en hacerlo semejante a los cristianos i lo bautiza en el río... Pero la tragedia de aquella mártir la estenua, ahora contra su voluntad, i una tarde en que Caracé se embriagaba con las tribus a lo lejos, Magdalena agoniza arrullando al niño con sus cánticos maternas. Cuando el cacique volvió ebrio de su orjía, la encontró muerta.

El elemento narrativo que constituye este primer libro nada presenta de asombroso: todo eso es tan

natural i tan sencillo que no requiere mayor facultad imaginativa. Lo verdaderamente grande es el poder de sujeción musical i pictórica que realza el sencillo relato. Zorrilla es un maestro consumado en tomar lo más bello i elevado de la vida sin detrimento de la fuerte sensación de realidad que da un relieve, inusitado en verso, a cuanto quiere hacer objeto de nuestra atención. I creo que con ofrecer su arte, aspectos tan diversos i de mérito tan subido que es casi caprichoso preferir un pasaje a otro, su toque supremo de apolinida está en ese tacto delicado con que, rehuyendo la descripción de escenas brutales, como sería la posesión de Magdalena por Caracé, deja apenas entrever la tragedia en lo hondo del bosque, i nos hace interesar mucho más por la vena de acentuado misticismo que hai en el alma de la cautiva, i que crece i se derrama tocada por un dolor que no tiene más desahogo posible que la plegaria a un Dios, más patente, tratándose de un temperamento relijioso, en aquellos cielos abiertos i diáfanos i en aquellas praderas que, junto al río de apacible correr, devolvían a las noches de Diciembre «una flor por cada estrella».

Si don Juan Valera, con más agudeza de observación, se hubiera impregnado de este misticismo enfermizo en que apuntan asomos de contemplación panteísta, no habría dudado ni un instante de la verosimilitud de Tabaré, el hijo de aquella hermana sin cultivo mental de Teresa de Jesús. Por primitiva i torpe que hubiera sido la raza de su padre el Cacique, de esa organización nerviosa de mística, exaltada en el silencio de una trágica reclusión, debía resultar el indio sensitivo, absorto en lejanas remi-

niscencias, estraño entre los suyos i los invasores a la vez, inadaptado a la vida, asaz soñador para ser dichoso en comunión espiritual con su tribu, i demasiado rudo i selvático para ser mirado con un amor digno por los conquistadores de su tierra. Decid si no hai en la insistencia de Zorrilla de San Martín sobre la calidad mística de la cautiva uno de esos aciertos felices de los grandes inspirados... Además, esta sensibilidad frente al gran misterio que envuelve lo creado i que, en informes e inefables ansias, asaltará a Tabaré en el sosiego de los crepúsculos de oro i en la alborada sin fin de su amor imposible por una mujer civilizada i cristiana ¿no responde a ese no sé qué religiosamente solemne i conturbador que inspiran nuestras selvas i nuestros paisajes

..... donde al tocarse el cielo  
i la llanura

forman círculos puros i se siente un anhelo  
de cosas infinitas i un dejo de amargura?

Concluye el libro primero con el último canto de la madre moribunda. Esta canción de cuna respira tan lejítimo i acendrado misticismo que se creería estar leyendo una página escrita por esa mano de azucenas que en las remotas riberas del Ganjes lustral prendió, temblando de ternura, «La Flor de la Champaca» en nuestro corazón. I el espíritu, melancólicamente suave que impregna este primer libro, se trastorna de súbito con una nota inesperada i ruda que pinta en un contraste poderoso i brutal la torpeza del cacique i la síntesis de elementos hereditarios opuestos que van a luchar en el alma de Tabaré.

¿Sentís la risa? Caracé el cacique  
 ha vuelto ebrio, mui ebrio...  
 Su esclava estaba pálida, mui pálida,  
 Hijo i madre ya duermen los dos sueños.

Zorrilla, por una intuición superior, se ha anticipado al modernismo hispano-latino cuando para intensificar el supremo contraste entre el cacique i la española e imprimirnos en el alma ese cuadro desolado, se vale de esa repetición de los adjetivos colocados uno al lado de otro. Este aspecto del mal comprendido modernismo que permite seguir los irregulares movimientos de la pasión i el lenguaje balbuciente, cortado e ilójico de una voz de tragedia, ni siquiera lo sospechaban los clásicos, asaz preocupados de la limpieza i corrección del estilo. Si no ¿cuándo nos dieron ellos un escalofrío trájico como el que nos producen los versos de Neruo:

Glacial sin duda es esa zona que hiende. Fría,  
 ¡oh! sí fría, pero mui fría debe estar  
 para que no la mueva la voz de mi agonía,  
 .....

\* \* \*

El segundo libro, tras una introducción del mismo corte i tono que los ya estudiados, nos lleva a una aldea española que se alza en la marjen donde el río San Salvador derrama su caudal en el Uruguai.

Sus cimientos han sido varias veces  
 con sáñgre de dos razas amasados;  
 sus techos, convertidos en hogueras,  
 varias veces el campo iluminaron.

El poeta, con su agudeza descriptiva habitual, pinta el villorrio audaz, circuído de matorrales inestricables donde «brilla el ojo del indio» i se aperci-ben los dardos «que brotan de entre las flores» . . . . . I más allá ¿qué hai? «Lo ignoto, lo imprevisto, quizá lo sobrehumano. ¿Quién se llega hasta él? ¿Quién va a retarlo?»

El poeta prorrumpe entonces en una oda a España que es, a pesar de su brevedad, un canto ciclópeo i magnífico:

El pueblo altivo que en la edad sin nombre  
era el cerebro acaso  
de aquel dorso jigante i misterioso  
ya sumerjido en el abismo atlántico,

que, no teniendo en su profundo seno  
para el coloso espacio,  
dejó asomar, sobre la vasta tumba,  
miembro insepulto, el mundo americano.

Es España que persigue i no encuentra, para he-  
rirlo, el corazón de la invencible raza.

En los cobrizos pechos  
de indios muertos luchando en la batalla,  
las escamas grabadas i arabescos  
se hallaron de las cotas i corazas

de los guerreros blancos  
que el charrúa, con fuerza extraordinaria,  
estrujaba en el nudo de sus brazos  
que la muerte tan sólo desataba.

Mirad cómo desaparece la flor i nata de sus varones.  
 Sapicán, el cacique, cuyo nombre reaparece en las  
 noches de tempestad, cayó en la batalla. Es neces-  
 ario leer este fragmento completo para tener una  
 idea de la fuerza espresiva de Zorrilla de San Martín.  
 Todo lo supersticioso de aquellas tribus aborígenes  
 se condensa con maestría en su pluma para produ-  
 cir un efecto de terror sombrío. Cuando las nubes  
 negras se amontonan i entre las hojas restallan las  
 gotas de lluvia i los tigres encandilados braman

la sombra del cacique  
 cruza en los aires pálida,  
 con sus ojos profundos encendidos,  
 con su misma actitud fiera i gallarda.

.....  
 El rayo no lo ofende  
 aunque a liarse a su cabeza vaya,  
 o silbando en sus cuerpos se retuerza  
 i lo ilumine con su lumbre cárdena

¿I no deja la impresión de un mármol como el del  
 viejo Horacio ese enérgico i vigoroso relieve del Ca-  
 cique:

Esa es su frente estrecha  
 su cabellera lacia  
 i su saliente pómulo, i sus ojos  
 pequeños de pupila prolongada  
 al acecho dispuesta  
 i a devorar distancias;  
 a encenderse, a apagarse entre las sombras  
 i a comprimir relámpagos de rabia.

Cayó también el joven Abayubá, amado de Sapicán, que inflamaba de coraje a las tribus con su palabra, i

¿cómo cayó? Su cuerpo,  
pasado por el bote de una lanza  
trepó por ella hasta morir, cortando  
con el diente afilado por la rabia

la rienda del caballo,  
de cuya grupa el español acaba  
con el puñal la destructora brega  
que la ocupada lanza comenzara.

¡Qué cuadro de épico sublime en un par de estrofas asonantadas!

Añagualpo, Yandinoca, Tabobá que fué a vengar a Abayubá como Aquiles a Patroclo, el fiero Magaluna que como el tigre clava sus uñas en el cuello de los corceles, el joven Yací, cazador de yacarés o caimanes, el valiente Terú, Maracopa i Abaroré, la hermosa Gualconda, Liropeya, la dulce virjen, hija

del tiempo de los soles largos  
que brillan en las ramas  
cuando el botón de ceibo se revienta  
como una urna de sangre.....,

Yandubayú que disputó a sus compañeros a Liropeya i después de vencerlos la llevó a su toldo; los mancebos que no contaban «haber visto diez veces hojas nuevas abrir en el penacho de las palmas»; los viejos que «fueron al combate lentamente»

ya todos han caído  
uno tras otro en la desierta pampa.  
I nadie abrió sus párpados; la noche  
bajo de ellos quedó, la noche larga,  
triste, sin lunas, con su viento negro,  
la noche solitaria.

El poeta otra vez más con arte insuperable, ha  
arrancado a este rodar de sordos asonantes un re-  
curso inesperado. Los ritmos van remedando esta  
trágica procesión de muerte, ebria de heroísmo i gran-  
deza, i de pronto como el último batir de una inmen-  
sa ala fúnebre, se despliegan los versos

i todos han caído  
uno tras otro en la desierta pampa.  
I nadie abrió sus párpados; la noche  
bajo de ellos quedó, la noche larga,  
triste, sin lunas, con su viento negro  
la noche solitaria.

Como un torvo remolino, se suceden los atributos  
de la noche, i al fin, el último verso cae como una  
campanada tétrica, rota, cansada, desfalleciente.

Para quien amó la pobre raza no quedan más que  
las lágrimas. «Elorans ploravit in nocte». Pero el llan-  
to del altísimo poeta, cobra frente a la catástrofe  
fatal la majestad de un treno de Jeremías.

¡Héroes sin redención i sin historia  
sin tumbas i sin lágrimas!  
¡Estirpe lentamente sumerjida  
en la infinita soledad arcana!



¡Lumbre espirante que apagó la aurora!  
¡Sombra desnuda muerta entre las zarzas!  
Ni las manchas siquiera  
de vuestra sangre nuestra tierra guarda.

¡I aun viven los jaguares amarillos!  
¡I aun sus cachorros maman!  
¡i aun brotan las espinas que mordieron  
la piel cobriza de la estinta raza!

La grave sonoridad de los versos deja en el ánimo, como el redoble de un tambor velado, retiembla como un trueno cuando el poeta evoca las sombras que cruzan de noche en pálidas bandadas «goteando sangre que estalla en la tierra como imprecación salvaje», i finaliza como un dolor contenido que de pronto se diluye en lágrimas abundosas.

Arruinada la raza charrúa, no queda más que su agonía, que, sin embargo, es temible como la agonía de todas las fieras.

De paso notemos que en este poema, Zorrilla con un acierto digno del mayor elojio, ha eludido la narración de las batallas. Su arte, como el de Rodin, no se interesa sino por toques de relieve culminante de copiosa virtud evocadora. Nos dice de los combates, precisamente lo que por asombroso o característico habríamos conservado en la fantasía si hubiéramos leído una detallada relación de ellos.

Sigamos ahora al poeta.

Don Gonzalo de Orgaz, joven bizarro que manda en jefe la plaza, trajo consigo de España a su esposa Doña Luz i a su hermana Blanca, hermosa niña de ojos negros i «profundos hasta el alma». Esta

muchacha quedó huérfana i por eso se vió obligada a seguir a su único hermano, don Gonzalo, en la azarosa vida de aventuras por las selvas de América.

Parece que este mundo americano  
a aquella niña aguarda,  
porque en sus ojos brillen sus estrellas,  
porque su viento pueda acariciarla,  
porque sus flores tengan quien recoja  
la esencia de sus almas,  
porque las ondas de sus grandes ríos  
quien oiga i ame sus canciones vagas.

Una tarde Gonzalo i diez arcabuceros volvían de su afortunada excursión del día con un grupo de indios. Zorrilla de San Martín al describirlos con la poderosa enerjía que le es característica, nos hace pensar de nuevo en la fase escultórica de su lirismo:

Se estrechan, se revuelven  
las frentes sobre el pecho,  
en los ojos oscuros el abismo,  
i en el abismo, luz, luz i misterio.

Parece que en el fondo  
de esos ojos a intévalos  
un monstruo luminoso se moviera  
sus anillos flexibles revolviendo..

Parece que la sangre  
circula bajo de ellos (los músculos)  
como corre callado entre las breñas  
un rebaño de fieras en acecho..

Entre la masa de indios, provoca la admiración de los españoles un salvaje de pupilas azules que es Tabaré. Es tierno su mirar i son humanas algunas de las líneas de su cuerpo esbelto. Se ha ceñido la blanda piel de un tigre.

Es pálido, mui triste: en su semblante  
i en su azorado aspecto  
hai algo indescriptible i misterioso  
que inspira amor o desazón o duelo.

Se ha desprendido del grupo en un vértigo.

La onda de un suspiro  
se ha notado quizás sobre su pecho,  
i se hubiera creído, al observarlo  
que ha roto entre sus dientes un lamento.

Decid si en este último verso soberbio i en todo el fragmento el poeta no ha esculpido maravillosamente a su héroe. Un escultor podría decir: Dadme el cincel para copiarlo.

¿Qué hace temblar a Tabaré? Que él i Blanca se han mirado: él comprendiendo acaso que ya la amaba con pasión, i ella «con inocente empeño»; pero también con amor. Aunque el autor fuese de la misma opinión que don Víctor Pérez Petit, yo no podría creer con éste que Blanca se acerca a Tabaré por un hondo sentimiento de piedad. Aun cuando no se dé cuenta de ello, i su intención «sea límpida como el cristal» desde el primer instante la sentimos enamorada del héroe. ¿Por qué? Amado Nervo, dulce explorador del Misterio, nos habría dicho con Swedenborg

desde un mundo suprasensible: «Ví venir un ángel en un carro resplandeciente, mas cuando estuve cerca advertí que no era un ángel sino dos». . . o con «El Pájaro Azul» de Maeterlinck habría sorprendido al Tiempo en el instante en que, para lanzarlos encarnados al mundo de los vivos en épocas diversas, separa a los dos niños espíritus enamorados que hablan así:

Ella.—Un signo, un solo signo. Dime cómo encontrarte en la tierra...

El.—Me reconocerás por mi tristeza.

Así Blanca a Tabaré.

Desde el primer instante, Tabaré la seduce. «Aquel salvaje extraño en sí tenía — la atracción de lo oscuro del abismo». Una tarde Blanca se atrevió a dirigirle la palabra i el indio quedó fijo

como el corcel que en su carrera escucha  
el bramido del tigre en el desierto.

Tabaré le contesta en el lenguaje de la pasión: ensoñador, nervioso, balbuciente... Aquí debemos admirar de nuevo a nuestro poeta. Como sería impertinente que los indios espresaran en diálogos o arengas sus propias emociones, casi nunca les da la palabra, i reemplaza este recurso por el difícilísimo de traducir matices de sentimientos por la descripción de las actitudes o de las espresiones corpóreas de la emoción. Por cierto que Zorrilla, gracias a ese tinte escultórico de su creación artística a que ya nos hemos referido, sale airoso de su empeño i nos da una impresión de bella i grandiosa orijinalidad. I en las dos o tres veces que el frenesí amoroso impulsa a Tabaré a declararle su pasión a Blanca, el discurso

brotó de los labios incultos del indio «sin orden ni concierto» i dotado de una vaguedad tan musical que parece que una orquesta lejana e invisible se encargara de interpretar las esquisiteces en jermen i las flotantes ensoñaciones que infundió en su espíritu el alma lastimada i fina de Magdalena.

Por no alargar mis divagaciones, me resigno a no copiar íntegra esta canción:

Mis nervios que eran fuertes,  
fuertes cual ñandubay,  
blandos como el retoño más temprano  
del ombú están.

No ha pasado una luna  
después que yo te ví:  
¡mira cómo está enfermo el indio bravo  
sólo por tí!

Como ya lo he dicho, aunque Tabaré i Blanca están profundamente enamorados, apenas si caen en ello. El indio cree que la hermana de Gonzalo lo seduce por los recuerdos de infancia que le despierta i por el parecido de raza que Blanca tiene con Magdalena. La española, por su parte, se engaña pensando que va hacia el indio por piedad cristiana. Doña Luz, con más experiencia de la vida, con más frialdad egoísta i con mayores prejuicios de raza, desconfiada i maliciosa, aconsejó a Blanca que tuviera miedo de Tabaré i huyera de él. El pobre indio, entre tanto, víctima de insomnio, erraba en la noche como un fantasma. Los soldados, tomándole por tal, se decidieron a perseguirlo hasta que revelara su secreto.

Una noche, el padre Esteban, compasivo misionero que como el padre Las Casas sentía lástima por los indios, i que se esforzaba en probar la redención de la raza charrúa en la persona de Tabaré, oyó penetrar por la ventana de su estancia algo como un lamento que ya otras noches había escuchado i atribuído a una vana ilusión.

Pero en aquella noche, claramente  
al sentirlo de nuevo,  
se llegó a la ventana presuroso  
i la abrió con estrépito.

Una sombra medrosa, entre los árboles  
se levantó del suelo,  
i esquivando la luz huyó hacia el río  
como empujada por extraño vértigo.

Era el fantasma. Un instinto ciego lo hacía errar atormentado hasta caer frente a la casa de Gonzalo.

los soldados que el golpe concertaron  
a su paso febril se interpusieron,  
sus picas i arcabuces asestando  
a su desnudo pecho.

Allí habría muerto Tabaré, no obstante su valor de que dió muestra despedazando entre sus dedos a la primera lanza dirigida contra su cuerpo, a no ser por el padre Esteban que llegó a tiempo para detener la guardia con la voz i el amoroso continente.

Al siguiente día, doña Luz, sospechando que Tabaré meditaba un crimen a las altas horas de la no-

che en que fué sorprendido, suplicó a don Gonzalo que arrojara al indio del pueblo i le diera la libertad si no quería hacerle mal.

En vano imploraron Blanca i el padre Esteban.

Tabaré, llamado a presencia de don Gonzalo, no supo justificar sus nocturnas andanzas. Por la tarde

.....la frente sobre el pecho  
i el caos en el alma  
Tabaré cruza el pueblo lentamente;  
vuelve a su selva, a su salvaje patria.

Va sombrío, i huraño, i silencioso...  
El monje lo acompaña.

Ya se alejaba el charrúa de ojos azules con las bendiciones del padre Esteban, cuando de pronto observó que Blanca lo contemplaba por entre las ramas. La virgen se acercó, besó la mano al monje i miró dulcemente a Tabaré. Pero éste, sacudido por su lucha interior adquirió una espresión tan horrible que la española dió un grito de espanto, creyó que Tabaré la odiaba i huyó temblorosa hacia la villa.

La tarde la arropaba en sus vapores  
i sus esbeltas líneas esfumaba...

La vió el indio flotar como una sombra,  
la siguió con estúpida mirada;  
la vió aún volver de nuevo la cabeza  
i ocultarse por fin entre las talas....

Cuando la vió perderse para siempre  
sintió la soledad.....

.....  
.....

Sobre el sayal del monje  
del charrúa quedó la primer lágrima...  
¡para llorar la moribunda estirpe  
una pupila azul necesitaba!

Tabaré, pobre indio imposible, fantasma de ojos azules que mueres de amor por una virgen viva... ¿por qué llevas nuestro corazón, sangrando entre las zarzas que hieren tu carne? ¿Por qué te llevas algo de nosotros a la soledad infinita?... En tus ojos de ensueño i en tu voz sin palabras; en el raudal torrencioso de sentimiento que anda por tus venas primitivas i que se queda sin espresión, hai algo nuestro i de todas las almas... Ansia de justicia imposible de saciar; locura de amor extranjera en el mundo; anhelo indefinible que no da reposo a la conciencia; forma de transición que el Enigma escoje para esprimir las lágrimas del Mundo; lo fatal, lo imposible que el corazón sueña realizar como por un milagro de amor; lo romántico eterno, eso eres tú, pobre alma huérfana. Por eso contigo va vuestro corazón sangrando entre las zarzas que te muerden sin piedad. Por eso vivirás tanto como la Nostaljia; vivirás como el Mundo que es, según la espresión encantada de Plotino: un Dios en el destierro con la nostaljia de sí mismo...

Para siempre tus ojos azules sedientos se quedaron en nuestro espíritu. Tu misma vitalidad poderosa te hace más fatal i más digno de amor... ¿Cómo



apagarás tu sed inmensa, cómo matarás el ansia que surte incontenible de tus músculos hechos para torcer el cuello de las fieras i el ramaje de las ceibas? ¡Qué angustia la de nosotros si el anhelo imposible saltara con más fuerza del corazón... I esa es tu angustia, charrúa triste de ojos azules!...

\* \* \*

El Libro Tercero es el de mis predilecciones. Su introducción nos abre un mundo suprasensible, animado de los espíritus buenos o monstruosos que se esconden tras las manifestaciones de la Naturaleza. El poeta evoca todos los *dobles*, todas las estrañas voluntades que intervienen según la superstición de los indios, en la vida universal, para introducirnos, por decirlo así, dentro de la imaginación febril i ardorosa de Tabaré que va a penetrar por el bosque en el colmo del delirio.

Como todo en este libro es oro puro, quisiera de no reproducirlo íntegramente, no citar nada de él. El tono se hace todavía más solemne; la inspiración respira fuego; se siente como en un presajio siniestro una cabalgata de salvajes Walkyrias que se acerca...

En su huída frenética, Tabaré entra a la selva nativa. Poe o Hoffman no habrían hecho un derroche semejante de tonos lívidos i sombríos para darnos a sentir la horrenda pesadilla del charrúa. Las líneas de los árboles se descomponen; los troncos se retuercen convulsivos; se exajeran los ángulos de las piedras; la tierra da gritos de reproche; la hoja caída se anima para recordarle que ambos van a vagar sin

destino, i el aire de la noche respira con el aliento de los indios muertos.

Este pasaje está trazado con una candente pluma encendida en el fuego del Averno, i, si he de hablar con sinceridad, no recuerdo en mi idioma, nada tan lúgubrementemente magnífico, tan intenso i sobrio a la vez, tan imaginativo i lleno de verdad al mismo tiempo. Zorrilla nos hiere tan a lo vivo que no perdemos un detalle en la exótica alucinación de Tabaré. Apenas añoramos que existe el héroe, de tal modo nos identificamos con él... Baudelaire o el Víctor Hugo de «La Leyenda de los Siglos» habrían firmado estas estrofas siniestramente bellas:

Es Tabaré. Penetra nuevamente  
a su nativo bosque  
cuyos añosos árboles lo miran  
i a su paso sus troncos interponen.

I le tienden los brazos descarnados  
con raras contorsiones  
como fantasmas que en inmóvil danza  
cruzan i se retuercen por el monte...

I en torno de él se agrupan a mirarlo,  
i así que lo conocen,  
después de herirlo con los brazos negros  
se dispersan en todas direcciones.

El bronco desfile de *oes* i de rimas en *o-e* tienen la estraña sujestión de una voz de ultratumba o de los pasos acompasados de un fúnebre cortejo... ¡I qué singular i feliz novedad al pintar el trastorno

subjetivo con esos troncos que se acercan a mirar el indio i luego se dispersan en actitudes medrosas o amenazantes... I luego con esos lagartos que encojen su cuerpo frío i asoman las cabezas puntiagudas. No sé en virtud de qué poder sutil que escapa al análisis queda como una obsesión esta imagen espeluznante.... Pero no quiero violar con una paráfrasis en prosa la turbadora hermosura del delirio. Tabaré siguió su carrera insensata hasta caer en brazos de la cruz que en la entraña del bosque velaba los restos de su madre.

En tanto ocurre esto en el bosque de Caracé, los indios convocados por los fuegos de la muerte, celebran el monstruoso i orjiástico funeral del cacique muerto. El realismo i la animación extraordinaria con que se refiere en el poema la peregrina fiesta dolorosa exceden a cuanto elojio pueda tributarse al poeta. ¿De dónde obtuvo Zorrilla de San Martín esas inquietantes imágenes de complejas sugestiones que, por instantes, parecen arrancadas al exotismo turbadoramente subyugador de «Las Flores del Mal»? ¿Las obtuvo del difícilísimo estudio de la ideología charrúa, de su relijión esquemática i de su metafísica en ciernes? O lo que es más probable ¿las halló en su alma moderna i refinada, una vez poseído del supersticioso espíritu de la raza estinta? De decidimos por la última hipótesis, menester será reconocer en nuestro vigoroso poeta, desde un nuevo punto de vista, una intuitiva evolución moderna, de que nadie hasta entonces había mostrado indicios en las letras españolas. Es innegable, como lo prueba la Pardo Bazán en el «Romanticismo», que Víctor Hugo contenía en embrión a las nuevas escuelas literarias; pero sólo en

un hombre de jenio la influencia de un impulso en jermen apunta ya con enérgico desarrollo. Tal sería el caso de Zorrilla de San Martín. Esos perros negros que van persiguiendo a la luna

los perros negros que a beber comienzan su tibia claridad,

i otras imájenes análogas denotan ya el desbordamiento de un campo sensorial en el otro; la confusión de las sensaciones en una suprema actividad emocional, característica del simbolismo que en los últimos lustros ha revolucionado la literatura...

La horrible orjía funeraria comenzaba a languidecer, cuando entre las llamas ondulantes que rodean al muerto aparece súbitamente un joven indio.

..... que saltando  
desaforado llega;  
da un grito clamoroso i con su lanza  
pasa de un viejo tronco la corteza.

Viene a reclamar el mando. Sólo podrá disputárselo quien sea capaz de arrancar la lanza clavada en el *urundai*. El cacique Yamandú, que así se llama el recién venido, habla con una bárbara elocuencia fascinadora. Tal ha sido el arte de Zorrilla que nos embriagamos con la salvaje belleza de esta arenga. No obstante nuestro espíritu civilizado lo habríamos seguido hasta el abismo o la muerte.

Todo aquí concurre a sujerir una siniestra cabalgata de Walkyrias sedientas de sangre, con los ojos inyectados i las erizadas melenas ondulantes.....

Las rimas que en el discurso del cacique se hacen agudas, flotan como estrañas banderolas sangrientas; la rapidez nerviosa del estilo vibra como un toque de rebato; las imájenes producen un escalofrío de heroísmo brutal... No habrá imaginación apagada ni voluntad débil que resista a este magnífico conjuro fogoso:

Los perros que devoran a las lunas  
no ladran como yo;  
el viento negro de la noche calla  
cuando escucha mi voz...

.....  
¿No oís el río? Suenan en sus barrancas  
Oíd al Uruguai.

Es río de los indios... I los blancos  
en su ribera están.

.....  
¿Queréis matar al extranjero? Entonces  
seguid a Yamandú...

Yo sé matarlo como al gato bravo  
de los bosques del Hum.

Los cráneos de los pálidos guerreros  
al indio servirán  
para beber la chicha de algarrobas  
i el jugo del palmar

Sus rayos no me ofenden; en su sangre  
se hundirán nuestros piés;  
*sus cabelleras en las lanzas nuestras*  
*el viento ha de mover.*

Para mi gusto, este es el pasaje más acabado del poema. Zorrilla de San Martín debe comprender con gloriosa satisfacción que en el idioma de Cervantes no se ha escrito un fragmento en verso tan vigoroso i vivaz, tan rápido i lleno de fuego, tan espresivo i vehemente. Es el lenguaje de la venganza enconada que prepara con furor su último golpe; el apetito voraz del salvaje, cuyas venas hace arder la belleza de una virgen enemiga.

A favor de la indolencia del centinela que duerme tranquilo, las turbas embriagadas que conduce Yamandú penetran a San Salvador dormido i le prenden fuego. Los soldados, apenas repuestos de la sorpresa combaten denodadamente a los indios. La batalla es encarnizada; pero al fin pueden más las espadas i la artillería que el indómito coraje de los indios. Sin embargo, el cacique Yamandú ha logrado el fin que lo condujo al villorrio en un arranque frenético de lujuria. En medio a la espantosa confusión, se roba a la hermosa Blanca i se la lleva a la entraña del bosque donde el malo Añanguazú enciende fuegos que el cacique no teme...

La española que comenzaba a volver en sí,

vió el rostro abigarrado del salvaje  
que de su presa el despertar aguarda  
con las negras pupilas luminosas  
en lascivia empapadas.

Entonces lanza un grito angustioso que recoge en el fondo de su alma Tabaré, desplomado en un rincón del bosque sobre la tumba de su madre. Acude al lugar de donde el grito procedía i al mirar a Blan-

ca, otra vez sin sentido junto al cacique, estrangula a Yamandú i esconde su cadáver entre las zarzas. Al despertar, la española que no se ha dado cuenta de la horrible lucha, mira a Tabaré, le reprocha con amargura el habérsela robado i le pide que no le haga mal. Tabaré, en el colmo de la desesperación, exhala un rudo sollozo. Blanca que lo atribuye a rabia se prepara a morir i reza aquellas fórmulas sagradas que en su infancia había oído el indio de ojos azules. Tabaré se entenece:

morir tú! grita el indio... por el bosque  
el sueño negro pasa:  
ha golpeado la frente del charrúa  
con sus manos heladas...

Es Tabaré quien se siente morir i entonces confiesa su amor a la española con una voz lastimada i patética:

Vamos con tus hermanos; no me hieras;  
el indio no te odió;  
tú lo has seguido siempre, derramando  
en sus venas dolor;

tú te has llevado el sueño de sus noches  
i el fuego de su hogar,  
las alas de sus flechas i la fuerza  
de su arco de urundai.

Vamos con tus hermanos. A su bosque  
el indio volverá  
a morir con su raza i con los fuegos  
de su salvaje hogar...

Pero el pobre indio Quijote que se echó al hombro a la dulce virgen para restituirla a su familia de San Salvador ni siquiera pudo volver a los bosques nativos... Cuando a la tarde, don Gonzalo lo divisó venir con Blanca a cuestras, confirmó las sospechas de todos i «como empuja el arco a la saeta» saltó sobre el indio i con la espada le traspasó el pecho...

La noche va cayendo,.. Brotan del fondo del bosque

en densa oscuridad envuelto,  
ya un metálico golpe en la armadura  
del capitán o de un arcabucero,  
ya un sollozo de Blanca aun abrazada  
de Tabaré con el inmóvil cuerpo,  
o una palabra trémula i solemne  
de la oración del monje por los muertos.

Tal es el sencillo argumento de Tabaré. Para un poeta fiel a la tradición de Homero, Virgilio, Dante o Milton, esta breve i tierna acción apenas si hubiera dado material para un incidente de epopeya. Demos gracias a Dios de que otro criterio estético haya prevalecido en Zorrillá de San Martín. De lo contrario, habría corrido análoga suerte que Ercilla de cuya Araucana dice con razón Salcedo i Ruiz que «es preferible pelear con los indios a leer íntegro su monumento literario». En cuanto a Tabaré, don Juan Valera no sabe si es en realidad una epopeya, una novela en versos o una serie de poesías líricas. Semejantes disquisiciones sutiles me parecen de todo punto vanas. Tabaré, con su héroe bien destacado i su inspiradísima versificación, es una interesante epo-



peya que no tiene rival en la lengua castellana. En realismo e interés, prefiero a Zorrilla a todos los épicos del mundo; en majestad i nobleza no tiene que envidiar a Dante ni a Milton; en amor a la naturaleza no cede a Mistral; en grandiosidad, si Verdaguer lo aventaja es porque Zorrilla no ha podido dar por escenario a su héroe montañas hendidas por el rayo i cinceladas por los aludes; pero, en la magnífica oda a España que aparece en el canto primero del libro II de Tabaré, despunta una fuerza de grandiosa elevación que apenas encuentra objeto en que emplearse.

¿Qué falta pues para consagrar a Zorrilla el primer poeta *americano* i acaso el más grande épico de la lengua? Hugo Blair a quien injustamente hemos olvidado más de lo necesario dice en su Retórica: «Está universalmente reconocido que el poema épico es el más noble de todos los poemas i el más difícil en su ejecución». En verdad, el vigor cerebral que se requiere para crear un personaje i conducirlo con maestría a través de un libro en verso, no lo poseen todos los poetas ni aún todos los grandes poetas. «Forjar una historia que agrade e interese a todos los lectores; llenarla de incidentes oportunos; animarla con la variedad de caracteres i descripciones, i conservar en el discurso de una obra tan larga aquella propiedad de sentimientos i aquella elevación de estilo que requiere este poema, es sin disputa el esfuerzo más grande del ingenio poético». I nada de cuanto exige Blair falta en Tabaré, ni tampoco riqueza de vocabulario, ni variedad de tonos, ni esa lejanía de los hechos contados que permite dar rienda suelta a la fantasía. En punto a observación orijinal, i amor a la naturaleza, Zorrilla de San Martín se destaca de

tal modo sobre todos los criollistas de América que sus descripciones encantadoras del amanecer a orillas del Uruguai, de la anochecida cuando Blanca i el misionero despiden a Tabaré, libre por voluntad de doña Luz, i del mediodía cuando el héroe vuelve con la preciosa carga de Blanca a cuestras, merecerían un atento i sostenido estudio. Digamos no más que hai allí un no sé qué tenue i vaporoso que nos hace detener a menudo a gustar de juegos de luz inesperados; que el poeta está poseído más que de amor, de verdadera pasión por la naturaleza; que a la novedad con que la siente, añade Zorrilla tal delicadeza de imájenes, tal exquisita frescura i tal injenuidad de emoción, que desde los renglones escritos nos acaricia blandamente la flora risueña del Uruguai. «Como no tengo fetiches» no vacilo en mirar a Bello con su Agricultura de la Zona Tórrida i a Gutiérrez González con su Cultivo del Maíz en Antioquia, harto pobres al lado de estas descripciones del cantor de la tierra uruguaya.

Fijad lá atención en las lindas imájenes siguientes:

la pesada cabeza  
 inclina el cardo seco; de su blanda  
 plumazón se desprenden las semillas  
 como enjambres de estrellas apagadas...

.....  
 A grave paso i lento, la cigüeña  
 recorre las cañadas,  
 o rozando los juncos al alzarse  
 los abanica con sus alas blancas

.....

..... Brilla entre las flores  
la pequeña coraza  
i la armadura azul i el yelmo de oro  
del picaflor, armado por las auras  
para librar temblando  
sus rápidas batallas.»

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.